ban de sonar las ocho de la noche en los lúgubres bronces de los templos de la ciudad.

***

Para asistir á las exequias del dia ocho, se proveyó á los fieles especialmente invitados de unas contraseñas que decían:

"TARJETA PERSONAL DE ENTRADA
A LA SANTA IGLESIA CATEDRAL,
AL LUGAR DESTINADO Á INVITADOS, PARA LAS
SOLEMNES HONRAS FÚNEBRES QUE SE CELEBRARÁN
POR EL ETERNO DESCANSO DE
S. S. LEÓN XIII EL DIA 8 DE AGOSTO DE 1903.

— —

NOTAS:

1.ª Traje de luto.
2.ª Entrada por la puerta CENTRAL, presentando esta tarjeta.
3.ª Comisión de recepción, para el Cuerpo Consular y *funcionarios públicos, divisa amarilla* y negra.
4.ª Comisión de recepción para invitados, divisa blanca y negra.
5.ª Comisión de orden, divisa violeta y negra."

Esas tarjetas, eran de cartulina blanca para los invitados á la nave del centro; y del mismo tamaño é igual redacción, pero color verde mar, fueron las repartidas para asistir á la nave del Sur, cuya entrada se haría —así lo rezaba la invitación— por la puerta LATERAL DERECHA.

De antemano el "Círculo Católico de Guadalajara"

había nombrado de su seno, las siguientes honorables comisiones:

Primera. Para invitar al Señor Gobernador del Estado: Señores Lic. Don Trinidad Verea, Don Justo Fernández del Valle y Don Narciso Miranda.

Segunda. Para invitar á los Señores Cónsules extranjeros y recibirlos en la Catedral: Señores Don Julio Rose, Lic. Don Manuel F. Chávez y Don Ramón Garibay; y

Tercera. Para recibir en general á los demás invitados: Señores Ingeniero Don Rafael de la Mora, Don Guillerno Fernández del Valle, Ingeniero Don Luis de la Mora é Ingeniero Don José Tomás Figueroa.

Mucho antes de las ocho de la mañana, una compacta y selecta muchedumbre se agolpaba ya á las puertas de la suntuosa Basílica, y al abrirse éstas, con exquisita finura y cortesía se la recibió por los Señores comisionados, quienes introducían á las personas al lugar correspondiente y les hacían tomar el asiento respectivo. A esta galantería de buen tono, se debió que, á pesar de ser numerosísimo el concurso, pues pasó de cuatro mil almas, no se alterase el orden en lo más mínimo, ni fuese preciso tampoco echar mano de aquellas medidas de represión, indispensables de ordinario en casos como el presente. Se había pedido, es cierto, el auxilio del cuerpo policial, y concurrido éste en número competente, á las órdenes del Señor Inspector General y de varios oficiales; pero su presencia fué más bien de ornato, que de respeto. La compostura y circunspección de los fieles nada dejaron que desear.

A las ocho en punto se presentó el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, y fué recibido por el M. I. y V. Cabildo, con idéntico ceremonial al de la víspera, ejecutándose en seguida, en el magnífico órgano de la Matriz, la gran marcha fúnebre de Th. Dubois.

Acto contínuo, dió principio la Vigilia solemne del Maestro Spagnoletto, desempeñada magestuosamente por la orquesta que se componía de más de cuarenta profesores, bajo la hábil batuta del Maestro Don Diego Altamirano, distinguiéndose en el hermoso pasaje *Hodie si vocem ejus*, la magnífica voz de timbre puro y cuidadosamente educada del tenor D. Tomás Arias, la del barítono Don Eduardo Lejarazu y la del tenor Don Francisco Chávez, quienes elevándose por las sublimes fruiciones del arte á las serenas regiones del sentimiento verdadero, abrillantaron con armonías gemebundas, quejas arrancadas á los hermosos arcanos del ritmo, la tristeza fecunda que en secreto desgarraba los corazones. Es cierto, como alguien ha dicho, que la melodía de esa obra es más aparatosa que profunda é inspirada; pero no puede negarse que su orquestación es brillante, y que interpretada gentilmente, como lo fué esta vez por concienzudos artistas, sirvió para atraer sobre aquel selecto concurso las sugestiones dulcísimas de algo singular y digno de la más alta cultura en aquesta profusión de duelo, munífica y acendrada.

A las nueve y doce minutos comenzó la Misa de Requiem, oficiando de Pontifical el Ilmo. y Rmo. Señor Ortiz, acompañado de los Señores Canónigo Don Antonio Mercado y Racionero Don Isidoro Rodríguez. La Misa de Cherubini, de ese gran artista florentino por quien el genio admirable de Beethoven sentía una real y sincera admiración, tiene notas de mágico embeleso, hijas de un estro divino, y muy propias para estimular la condolencia y dignificar el dolor, con la aristocrática elevación y saludable influencia que les comunican, ora la feliz disposición de las voces, ora el juego delicado de la orquestación. Está escrita para sopranos, contraltos, bajos y tenores, y es, á juicio de los inteligentes en el arte, una de las mejores obras de tan celebrado autor.

El *Introitus*, que es una verdadera plegaria y quizás la parte más sobresaliente de la hermosa partitura, da principio con una entrada magestuosa de fagot y violonchelo, á propósito para preparar un *pianísimo* con que comienza el coro diciendo: *Requiem aeternam dona eis Domine;* y después de un trozo muy bello de imitaciones tiernas y conmovedoras, viene un *decrescendo* magistral. Entonces el violonchelo vuelve á tomar el tema de entrada para dar lugar á que los contraltos, con suplicante voz, exclamen: *Kyrie eléison.... Christe eléison,* siguiendo los sopranos y tenores una dulce armonía imitativa, que como un eco sublime repiten los bajos; y surge luego un *crescendo* altísono que termina dejando á la viola, que en este pasaje desempeña un importante papel, pues su factura es sin violines, que cubra una exquisita labor melódica. Todo el número, principalmente desde esta parte hasta el final, es tierno, melancólico y vago, produciendo en nuestro espíritu la nostalgía de lo ignoto, de lo extra-terreno é infinito, como inspirado en el texto eucarístico del psalmo 64, uno de los más grandiosos y sublimes del libro inmortal que para adorar á Dios concibiera el lirismo religioso é incomparable de David, del poeta rey que por mandato divino estableció y arregló el uso público de los Cánticos sagrados ante el tabernáculo, en el templo y á las horas de los sacrificios para alabar, ensalzar y glorificar al Supremo Hacedor de todo el universo. ¡Oh! ¡qué influencia tan grata y prepotente ejerce la música sacra en los corazones humildes y sinceros que acudiendo primeramente á Dios en los momentos de tribulación, imploran su misericordia, su luz, su fortaleza y su socorro! Ella es la clave misteriosa, el gnomon divino, que sirve para entrar de lleno en las alturas egregias del misticismo verdadero.

Otro de los números notables es el *Dies irae*, que

da entrada con un *fortísimo* de metales, al unísono, siguiéndose después un pequeño silencio del que nos despierta el imponente sonido del *tan-tan*, que al dejar paso oportuno á la cuerda, prepara la participación del coro al emitir las terribles palabras:

"Dies irae, dies illa,
Salvet saeclum in favilla:
Teste David cum Sibylla."

A medida que avanza, sigue creciendo la fuerza de la vocalización hasta el *tutti fortísimo*, en que el coro dice: "*Rex tremendae majestatis*"; y luego, poco á poco decrece hasta proferir en tono suplicante: "*Salva me, fons pietatis....!*" Un original acompañamiento, en que dialogan, con notas de incomparable cadencia, violines primeros y segundos, se aduna á las palabras: "*Recordare, Jesu pie,*" que con desfallecedora melancolía entonan los sopranos, después que los tenores dicen con dulzura belliniana: "*Quaerens me, sedisti lassus*". Los sopranos vuelven á entonar: "*Juste judex ultionis*", para luego dejar á los bajos prorrumpir con voz grave y magestuosa: "*Ingemisco tamquam reus*". Parte de aquí un *crescendo* que llega hasta el *fortísimo* en que el texto es: "*Confutatis male dictis,—Flammis acribus addictis*", y suavemente los tenores van conduciendo al coro al *largo* en que se deja ver toda la unción con que fué escrito este trozo indescriptible, y en el cual se identifican tierna y delicadamente la música y el texto: "*Lacrymosa dies illa,*" que gime el coro, *pianìsimo*, hasta terminar suplicantemente, exhalando este gemido de conmiseración suprema: "*Pie Jesu Domine, Dona eis requiem. Amen!*"....

¡Qué poema fúnebre tan maravilloso y tan conmovedor! Tiene acentos onomatopéyicos que infunden con sus diversos matices, ora el pavor del tremendo drama de la tumba y el hálito terrible del aniquila-

miento humano ante la magestad de Dios; ora la esperanza suprema en la Misericordia Divina y la fe pura, ardiente é inextingible en Aquel que, si "*Los montes, en que parece sostenerse el cielo, se estremecen todos, y tiemblan á sus menores insinuaciones*", también su muerte portentosa en el madero santo, redimió para siempre á la prole de Adán, y nos hizo merecedores de entrar un día feliz en el reino de los cielos!

El *Sanctus* es también un bellísimo é inspirado trozo que fué ejecutado con destreza y suma ternura, lo mismo que el *Pie Jesu*, hermosa y dulcísima imprecación que conmovió honda y piadosamente al auditorio, tanto por el acento plañidero que le imprime el oportuno empleo de las maderas y la cuerda, como por la interpretación feliz que supieron darle aquellos numerosos artistas, poseídos de la dolorosa angustia que en esos instantes torturaba las almas. Ah! ¡Qué augusto silencio invadió el templo á la hora de la consagración! No sólo era el conticinio tremebundo de la noche del dolor y la amargura, que se enseñoreaban de los espíritus allí congregados, sino ante todo, y sobre todo, el éxtasis inenarrable, el estupor de la pequeñez humana ante el sacrificio incruento del Altar!....

Por fin, el último número de la gran partitura de Cherubini, el *Agnus Dei*, es una labor afiligranada y muy bella que cerró con broche de diamante el conjunto, pues fué tambien ejecutado con verdadera inspiración por la orquesta y por el coro, aunados en la meritísima tarea de dar á la música la supremacía que los defensores de la Estética quieren hallar en ella sobre las demás bellas artes, porque afirman y no sin visos de verdad, que la música es á un tiempo poesía por la ternura, pintura por el colorido y estatuaria por la plasticidad. No cabe duda que es un resorte incontrastable del corazón humano y que sus adeptos, cuando ofician fielmente en aras